

20

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

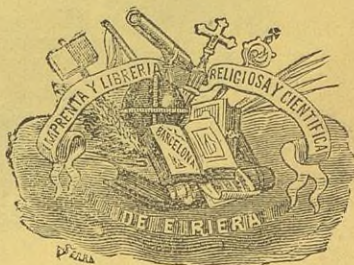
Cura propio de la parroquia de San Juan.  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 57.



dísimo prestigio. Las medidas de despotismo adoptadas por Basilisco tenían exasperado al imperio; cada día iba creciendo la hostilidad contra el Emperador; en la milicia misma Zenon contaba ya con numerosos partidarios.

Zenon se coloca al frente de sus parciales levantados en armas; isauros y licaonios se dirigen hacia Constantinopla.



LOS TEMPLARIOS.

Basilisco, que fué déspota, fué tambien cobarde. Al saber que se aproxima el ejército enemigo, penetra en la iglesia de Santa Sofia, donde se retracta de cuanto había hecho, anula la eleccion de Pedro Fulon y de Timoteo Eluro, pronuncia formal anatema contra Nestorio y Eutiques, y reconoce el Concilio de Calcedonia.

Era ya tarde. Las mismas tropas de Basilisco se vuelven contra él y las de Zenon penetran en Constantinopla.

Basilisco, buscando un asilo en el templo, depone su corona junto al altar y se refugia en el baptisterio junto con su esposa y sus hijos.

Zenon los relega á los tres á un castillo de Capadocia.

El primer paso de Zenon fué dirigirse á visitar al santo solitario Daniel junto con la emperatriz. Hecho esto, dictó medidas altamente reparadoras que no pudieron ménos de satisfacer al Sumo Pontífice.

Pero los arianos no se dieron por vencidos.

En Antioquía, el patriarca legítimo san Estéban es asesinado en un motin popular promovido por los herejes, y el cadáver del Santo es arrastrado por las calles y sumergido despues en el Oronte.

Zenon castigó aquel atentado con la severidad que reclamaba la paz de la Iglesia y de su imperio.

## XI.

### El primer cisma de Oriente.

No fué muy duradera la paz en la Iglesia oriental.

Acacio trabajó en un principio en favor de esta paz, constituyéndose en defensor de la causa católica; pero Acacio, en vez de ser un varon apostólico, no era más que un palaciego, un adulator de Zenon, dispuesto á sacrificarlo todo á su engrandecimiento personal.

Acacio era uno de tantos griegos degenerados que, con tal de atender á su interes, no reparaban en sacrificar su dignidad y su consecuencia.

No le faltaba habilidad para hacer que prevaleciera su opinion en los negocios públicos; pero este hombre que, con ménos amor propio, hubiera podido constituirse en apoyo de la Iglesia oriental y sosten del vacilante imperio, á causa de su orgullo no hacía más que precipitar la caída de los intereses que tenía á su cargo el defender.

Acacio dominaba por completo á Zenon, á quien, si debemos concederle á veces sana intencion, en cambio le faltaba talento para comprender los problemas difíciles y energía para resolverlos.

Obedeciendo á las insinuaciones de Acacio, llegó á figurarse Zenon que él en Constantinopla, no sólo había de ser emperador, sino que podía erigirse en pontífice, y vino un tiempo en que aquel hombre, que cuidaba poco de resolver las cuestiones políticas, quería hacer pesar su autoridad imperial sobre las cuestiones religiosas.

Su lema era gobernar transigiendo; y esta consigna quería aplicarla tambien en el orden religioso, de suerte que llegó á formarse la ilusion de que para pacificar el Oriente no había más recurso que realizar una fusion entre católicos y eutiquianos.

Al morir en 482 Timoteo Solofaciola, patriarca de Alejandría, los obispos, el clero y los monjes eligieron unánimemente por su sucesor á Juan Talaya, sacerdote virtuoso, distinguido por su celo, y que había cuidado ya de la administracion de aquella Iglesia, con aplauso de todos los católicos, durante el patriarcado de su antecesor.

Juan Talaya, apénas promovido á su dignidad, apresuróse á notificarlo con preferencia al papa san Simplicio y despues á varios obispos de los más notables de Oriente.

Pero la carta de Talaya no llegó á manos de Acacio. Indispúsose éste gravemente contra su colega, y resentido en su orgullo, lo que no podía tener á lo más sino las proporciones de una cuestion principal, la soberbia de Acacio lo convirtió en una cuestion religiosa y política que produjo muchos trastornos.

Puso en juego su influencia cerca del Emperador para hacer que anulase la eleccion de Talaya; y lo más particular fué que se empeñó en el restablecimiento del eutiquiano Pedro Monje, á quien él mismo había hecho condenar y destituir.

Alegó por motivo á Zenon que era el único modo de conciliar á católicos y eutiquianos.

«Los eutiquianos, decía, le son afectos personalmente; los católicos dejarán de tenerle pre-  
vencion desde el momento en que abjure la herejía.»

Los amigos de Pedro Monje apoyaron en la corte esta intriga, logrando que el Empera-  
dor se enamorara de una solución que él creía iba á realizar su ideal.

Escribió Zenon al Papa una carta en que denunció á Juan Talaya como indigno del obis-  
pado, pidiéndole que apoyase y reconociese la elección de Pedro Mónje.

Suspendió san Simplicio la confirmación de Juan Talaya en vista de estos informes del  
Emperador; pero en cuanto al restablecimiento de Pedro Monje, dijo: «La promesa que ha  
hecho de volver á la verdadera fe podrá servirle para entrar de nuevo en el gremio de la Igle-  
sia, pero no para elevarlo á la dignidad episcopal.»

Á fin de conjurar el conflicto que veía inminente, el Papa, no sólo escribió atentas cartas  
al Emperador, sino que se dirigió también á Acacio. Las remitidas á éste quedaron sin res-  
puesta.

Al acentuarse la firmeza del Sumo Pontífice, tomó mayores proporciones la altanería de  
Acacio.

Siendo como era el inspirador de Zenon, cuando éste no sabía apaciguar siquiera los dis-  
turbios de su corte, hizole entender que una palabra suya bastaría para acabar con los dis-  
turbios de la Iglesia. Instóle, pues, á publicar el famoso edicto conocido con el nombre de  
*Henótico* ó fórmula de union. En él se ve al Emperador decidiendo magistralmente sobre  
cuestiones de fe; hablando de asuntos religiosos con una autoridad que sólo correspondía á  
los pontífices.

«Se nos pide en todas partes, dice el edicto, que procuremos la reunion de las iglesias y  
hagamos cesar los funestos efectos de la division introducida, puesto que gran número de  
personas se hallan privadas por esta causa del beneficio del bautismo y de la comunión; y  
áun han corrido arroyos de sangre en tales luchas intestinas. ¿Quién no deseará, pues, ver  
puesto término á tal estado de cosas? Hemos, pues, resuelto Nós declarar solemnemente nues-  
tra fe á la faz del mundo todo. Proclamamos que no hemos tenido ni tendremos jamas otro  
símbolo, otra doctrina, ni otra fe ó definición de fe que la de los trescientos diez y ocho Pa-  
dres Nicenos, confirmada por los ciento cincuenta constantinopolitanos. Al que tuviere otro  
símbolo ó doctrina le separamos de nuestra comunión, porque sólo este símbolo es la sal-  
vación del imperio: en este símbolo han sido bautizados todos los pueblos; este símbolo han  
seguido en Éfeso los padres que depusieron al impío Nestorio y sus secuaces. Nós anatema-  
tizamos á este heresiarca, como también condenamos á Eutiques: porque los sentimientos de  
entrambos eran contrarios á los de los obispos de aquellos Concilios magnos. Admitimos como  
verídica exposición de la fe los doce capítulos (ó anatematismos) de san Cirilo de Alejandría.  
Confesamos que Nuestro Señor JESUCRISTO, Dios, Hijo único de Dios, que se encarnó real-  
mente, consustancial al Padre segun la divinidad, y consustancial á nosotros segun la huma-  
nidad, el mismo que ha descendido del cielo á la tierra, y se ha encarnado por obra del Es-  
píritu Santo en el seno de la Virgen María, Madre de Dios, es un sólo Hijo, y no dos. Es  
el mismo Hijo de Dios quien ha hecho milagros y quien ha padecido voluntariamente en su  
carne. No recibimos en nuestra comunión, ni á los que dividen, ni á los que confunden las  
dos naturalezas; como tampoco recibimos á los que sólo admiten una apariencia de encarna-  
ción. No reconocen más símbolo que éste las santas iglesias de Dios, derramadas por toda la  
tierra, los obispos que las presiden, y toda la vasta extensión de nuestro imperio. Juntáos,  
pues, todos en la expresión de esta fe unánime. Este edicto no contiene innovación alguna  
en las creencias; sólo tiene por objeto reunir las. El que creyere ó haya creído doctrina dife-  
rente de la que acabamos de exponer, sea ahora, sea anteriormente, sea en Calcedonia, sea  
en todo otro Concilio, Nós lo anatematizamos, como anatematizamos á Nestorio y á Eutiques.»

Tales son los pasajes más importantes del célebre *Henótico*. En el fondo, el *Henótico* no  
es nada más que un testimonio para probar como Zenon se constituía en usurpador de la potes-

tad espiritual; que con este hecho se erigía en patriarca de esa larga serie de reyes cesaristas que han tratado de absorber en el poder civil el poder religioso, que en su locura de dominio han tratado de establecer el suyo en el terreno sagrado de las conciencias. Se necesitaba mucha soberbia de parte de un monarca cristiano para decir:—«Hé aquí las verdades que se han de creer; hé aquí el error que se debe condenar;» eran resabios de paganismo que no habían podido destruirse por completo.

El pretendido edicto de union se convirtió muy pronto, como era de prever, en causa de discordia: en vez de pacificar los orientales, no hizo otra cosa que enconar la lucha.

El papa san Simplicio condenó el *Henótico* que, con pretexto de querer conciliar, no era sino un lazo tendido á los católicos para que reprobaran tácitamente el Concilio de Calcedonia; estaba el Papa dotado de bastante buen sentido para no conocer la maliciosa hipocresía de aquel documento.

Á pesar de la condenacion del Papa, el *Henótico* fué inscrito como ley del Estado y se publicó en todas las ciudades del imperio. Ya en este camino, Zenon y Acacio hubieron de proseguir en él. Juan Talaya fué expulsado de su silla patriarcal, teniendo que refugiarse en Italia, y en su lugar se dió posesion con toda clase de solemnidades á Pedro Monje; los demas obispos y sacerdotes católicos fueron arrojados de sus iglesias, se les sometió á bárbaros tratamientos, se borraron de los dípticos sagrados (1) los nombres de Proterio y de Timoteo Solofaciola, y se inscribieron en su lugar los de Dióscoro y Timoteo Eluro.

Ni los muertos estuvieron seguros en sus tumbas. Pedro Monje fué tan allá en sus odios de secta que ordenó se desenterrara el cadáver de Timoteo Solofaciola, y le hizo echar en un desierto fuera de la ciudad.

Al subir al pontificado Félix III, inspirándose en su tacto y su prudencia, hizo una nueva tentativa para ver de poner término á la triste situacion de la Iglesia oriental.

Para ocuparse de los asuntos de Oriente reunió un Concilio en Roma, en que se acordó enviar legados á Zenon, notificándole el advenimiento del nuevo Papa é invitándole á seguir una conducta propia de un príncipe católico.

La carta del Papa, confiada á los legados Vital y Miseno, era á la vez un modelo de energía y de mansedumbre.

«Acordáos, le dice el Papa, de lo que ha abatido á vuestros enemigos y héchoos subir al trono. Cayeron vuestros enemigos por querer atacar al Concilio Calcedonense, y habéis vuelto á hallar vuestra autoridad rechazando sus errores. Solo vos lleváis el título de Emperador, y en tanto que reinos enteros van desmoronándose en torno vuestro, tratad de tener á Dios propicio, y guardáos de acarrear su indignacion sobre vuestro imperio.»

«Vos mismo, añadía Félix, habéis desterrado á Pedro Monje de Alejandría, así como á todos los que persistían en su comunión. Hacéos buscar en vuestros archivos de palacio las cartas que á vuestro advenimiento y restauracion en el trono dirigiais á mi antecesor. Protestabais en ellas vuestra fe en el Concilio Calcedonense, y ahora el mercenario Pedro Monje, tantas veces anatematizado y condenado, lo restablecéis con vuestra propia mano en la silla patriarcal de Alejandría, y, lo que es aún más deplorable, anatematizáis en vuestro edicto la fe de Calcedonia! ¿Cómo permitís que el rebaño de Cristo sea todavía destrozado por el lobo mismo que vos habíais arrojado? ¿No es acaso él quien, desde treinta años há, separado de la Iglesia católica, se ha constituido doctor de los enemigos de ella? Así como Dios ha libertado el imperio del tirano hereje que había usurpado vuestro poder, de Basilisco, libertad vos tambien á la Iglesia de los que enseñan el error, y restituid la silla de san Marcos á la comunión de san Pedro.»

Zenon tuvo noticia de la venida de los delegados, y tan pronto como éstos se hallaron

(1) Eran unas tablas públicas que en los primeros siglos de la Iglesia se leían desde lo alto del ambon durante el santo sacrificio y que contenían los nombres de los magistrados superiores, de los clérigos de primer órden, los de los santos y los de los mártires, á fin de consignar de esta suerte el vínculo de comunión y de amor que existía entre los miembros de la Iglesia triunfante, purgante y militante.

en territorio de su imperio, desatendiendo toda clase de consideraciones les mandó prender, quitándoseles las cartas de que eran portadores.

Hacia ya mucho tiempo que permanecían en la cárcel, sin abrigar esperanza de poder salir de allí.

Los amigos de Acacio se valieron de medios los más insidiosos para hacer que se comunicaran con los fautores del cisma, prometiéndoles libertad, protección y honores.

Vital y Miseno tuvieron la debilidad de ceder. Al llegar á Constantinopla celebraron solemnemente los oficios en presencia de los herejes, tolerando que el nombre de Pedro Monje se recitase en alta voz en las oraciones públicas.

La cobarde conducta de los legados fué sometida en Roma á las decisiones de un Concilio (484), siendo depuestos del episcopado y privados de la comunión eclesiástica.

En julio del 484, en presencia de setenta y siete obispos reunidos en Roma fué leída el acta de deposición contra Acacio de Constantinopla, la cual decía:

«Tú has protegido á los herejes, enemigos del Concilio de Calcedonia; has mantenido en la silla patriarcal de Alejandría á un intruso; has ejercido las más crueles violencias contra los pacíficos embajadores de la Santa Sede; has rehusado obedecer á los santos cánones que te obligaban á venir á responder ante Nós á las acusaciones jurídicas presentadas á nuestro tribunal por nuestro hermano y coobispo Juan, patriarca de Alejandría. Seas, pues, confundido de hoy en adelante con los herejes, cuya causa é intereses has abrazado y protegido. En virtud de la presente sentencia, eres privado del honor del sacerdocio y de la comunión católica; y estás condenado por juicio del Espíritu Santo y autoridad de la Sede apostólica.»

Para comunicar su deposición á Acacio envióse al clérigo Tuto. Logró éste burlar la vigilancia de los agentes de Zenon, que se colocaron en el camino para apoderarse de su persona, y al hallarse en Constantinopla se alojó en un monasterio de Acemetes.

Acacio se negó á recibir al legado y á leer la comunicacion del Sumo Pontífice. Mas para que no alegase ignorancia de la excomunión y se hiciese cargo de los términos en que estaba concebida, uno de los monjes tuvo valor para poner el decreto en el manto del Patriarca mientras entraba un domingo en la basílica para celebrar de pontifical.

Este hecho excitó toda la cólera de Acacio contra los monjes.

Algunos de ellos murieron degollados por los adictos del célebre cismático.

Cuando podían creer ya triunfante su causa, el Señor confundía sus orgullosos proyectos. Pedro Fulon murió en 488, Acacio en 489, aquel Pedro Monje que deshonoraba la silla de los Cirilos y de los Atanasios en 490 y Zenon en 491, después del letargo producido por una borrachera.

A Zenon sucedió Anastasio.

Cuando ántes de ser emperador naufragó en la costa de Alejandría el buque en que navegaba, protegióle Juan Talaya, proporcionándole toda clase de auxilios con la mayor cordialidad y desprendimiento.

Al ascender Anastasio al trono imperial, Juan Talaya juzgó conveniente dirigirse á Constantinopla. Creía deber un buen recibimiento á la gratitud del naufrago elevado á emperador. Para Anastasio la gratitud era un sentimiento vulgar á que no había de atender un monarca. En la mitad de su viaje, Talaya recibe orden formal de salir del imperio, conminándole con ser tratado como rebelde y sedicioso si se le encontraba dentro de los dominios del Emperador.

Al subir al imperio Anastasio juró en manos del patriarca católico Eufemio que sería fiel á las enseñanzas de la Iglesia. Pero era hombre que profesaba que un emperador podía mentir y faltar á los juramentos más solemnes, si así lo exigía la razón de Estado. Apenas subido al trono se declaró hereje apasionado y hasta perseguidor, manifestando su particular aversión contra Eufemio, por haber sido él quien recibió sobre el libro de los Evangelios su voto de adhesión al Catolicismo.

Por favor providencial Eufemio pudo salvarse de varios proyectos de asesinato que se tramaron contra él.

Procuróse obtener por otros medios lo que no podía alcanzarse comprando asesinos.

Anastasio reúne á los adictos al cisma, quienes declaran á Eufemio indigno del sacerdocio, y ordenan su deposicion. La injusta sentencia produjo en Constantinopla honda sensacion, de la que resultó un motin popular. Eufemio fué deportado á Ancira (495).

Las agitaciones de Oriente llegaron á trascender á Roma mismo, gracias á los manejos de Anastasio.

A la muerte del papa Anastasio II, influyó en la eleccion de su sucesor el senador Testo, vendido al emperador de Oriente para lograr fuese nombrado un papa que suscribiese el *Henótico*. Gracias á las intrigas de Testo y al dinero que prodigó en abundancia, á más de la eleccion del papa san Simaco, resultó antipapa un arcipreste del título de santa Práxedes, llamado Lorenzo.

Esta doble eleccion dió lugar á enconadas disputas y hasta á luchas que ensangrentaron las calles de Roma.

Entregóse la contienda al arbitraje del rey de Italia, Teodorico, quien la dirimió en favor de Simaco.

Testo, deseoso de complacer á Anastasio, volvió á encender el fuego de la discordia. El año 500, poniéndose en connivencia con Lorenzo, sobornó falsos testigos para que delataran al papa Simaco como reo de crímenes que le inhabilitaban para el pontificado. Pedro Altino, á quien pidió informe el rey de los ostrogodos, se dejó prender en la vasta red de intrigas urdidas por el emperador de Oriente.

La causa se sometió á la decision de un Concilio.

Testo y Lorenzo trabajaron por excitar á las masas populares contra Simaco, y llegó á suceder que, al dirigirse el Papa al Concilio, fué bárbaramente atropellado, recibiendo heridas graves varios de los que le acompañaban.

El rey Teodorico acabó con estos trastornos, miéntras que el Concilio proclamaba solemnemente que el Papa era muy digno del supremo pontificado á que le había elevado lo Providencia.

Interrumpida la persecucion de Anastasio, por espacio de tres años, á causa de una guerra que tuvo que sostener contra los persas, renovóla el 505. Valióse de un fanático monofisita, llamado Xenayas, y de Severo, secretario que había sido de Pedro Monje, con cuyo concurso, y los medios de que puede disponer un monarca, llegó á formarse un partido eutiquiano tan numeroso como temible.

Muy frecuentemente este partido, contando, como contaba, con el apoyo de los poderosos, realizaba venganzas sangrientas, cebándose de una manera feroz contra los indefensos católicos.

Sobornóse á un aventurero llamado Ascodio para que asesinara al patriarca Macedonio, que no quería transigir con el eutiquianismo. Por fortuna los proyectos de asesinato pudieron ser conocidos y evitados por la víctima. Macedonio tenía dentro de la ley medios para perseguir al culpable; pero le perdonó generosamente y hasta le colocó bajo su proteccion.

Anastasio, que no perdonaba medio para dar proporciones al cisma, ofreció dos mil libras de oro á Macedonio y otros obispos si consentían en condenar el Concilio de Calcedonia. Eran recursos á que el bajo imperio estaba harto acostumbrado en aquella época de degradacion. El Patriarca contestó que las cuestiones de fe no las decidía el oro, sino el criterio de la Iglesia.

Irritado el Emperador, privó del derecho de asilo las iglesias del Patriarca y demas obispos que estaban de acuerdo con él, y lo concedió á las iglesias de los herejes. No satisfecho con esto, promovió un motin. Los católicos creyeron llegada la hora de presentarse en público, y empezaron á recorrer las calles gritando: «Cristianos, este es tiempo de martirio; no abandonemos á nuestro padre.» La actitud y número de los católicos llegó á imponer de momento al Emperador, quien pareció dispuesto á seguir mejor senda.



Pero las hipócritas concesiones obtenidas en una hora de miedo fueron anuladas muy pronto.

Todo el odio de los eutiquianos se concentraba en el Concilio de Calcedonia. Anastasio pidió á Macedonio las actas del Concilio que se hallaban archivadas en la iglesia de Constantinopla. El valeroso Patriarca, en vez de entregarlas, las selló con su anillo y las colocó sobre el altar, como para ponerlas bajo la proteccion del mismo Dios. Pero Anastasio no había de detenerse ante una profanacion más. Sin respetar lo sagrado del sitio en que las actas se hallaban, mandó recogerlas, las hizo trizas y las arrojó al fuego. Macedonio fué desterrado, usurpando su sede un sacerdote de malas costumbres llamado Timoteo.

Anastasio no era hombre que vacilara ante atentados de ninguna naturaleza. Tenía empeño particular en que invadiera el Occidente el incendio del cisma que sembraba en Oriente tantas y tan pavorosas ruinas. Á este fin lanzó á todos los vientos de la publicidad un libelo difamatorio contra el papa san Simaco, acusándole de abandonar la fe verdadera, abrazar el error de los maniqueos, y haber sido ordenado contra las prescripciones canónicas.

El Papa contestó con la dignidad y vehemencia que exigía el ataque á su fe y á su honra.

Anastasio, siguiendo la conducta del emperador Zenon respecto á creerse árbitro en materias de fe, llegó á anunciar su propósito de reformar los Evangelios, cuyo lenguaje y parábolas calificó de no hallarse á la altura de la ciencia griega, acusando el libro de Dios de estar escrito con demasiada sencillez.

Forzó al clero á cantar el Trisagio con las adiciones de Pedro Fulon.

Tenía de su parte el Emperador al indigno patriarca Timoteo, el cual apoyaba con toda su fuerza estas inconvenientes y sacrílegas innovaciones.

Éste eligió para sí inaugurar la nueva liturgia un día en que las calles de Constantinopla estaban atestadas de gente para presenciar una solemne procesion.

Al oirse el nuevo canto, los católicos se irritan, el concurso todo toma parte en la agitacion, eutiquianos y católicos corren á empuñar las armas, los dos partidos vienen á las manos, pero con un furor increíble, con un ensañamiento tal, que quedan en las calles de Constantinopla diez mil víctimas.

Lo que principiò por alboroto concluye por rebelion formal.

Vitaliano se pone al frente de los enemigos del Emperador, y en ménos de dos meses se apodera de la Tracia, de la Mesia y parte de la Iliria.

En junio del año 514 se hallaba ya á las puertas de Constantinopla, pidiéndole con insistencia los católicos que se apoderase de la capital. Pero Anastasio se presenta con la cabeza descubierta ante el pueblo reunido en el hipódromo, y promete solemnemente llamar á los obispos desterrados, restituirles á sus sillas, reparar los males que venía causando á la Religion, y entrar en el gremio de la Iglesia católica. Estas promesas apaciguan el tumulto; gracias á ellas, Anastasio logra conservar su trono, y Vitaliano es elegido gobernador de Tracia.

Poco despues, olvidando una vez más la palabra empeñada, desterraba á los obispos de Nicópolis, Lignida, Naisa y Paulitala, sin más crimen que el de resistirse á abrazar el eutiquianismo.

Por su parte, el monje Severo, elevado por su odio contra los católicos á la sede patriarcal de Antioquia, valióse de su nueva dignidad para redoblar sus violencias, encargándose de dirigir un ataque á mano armada contra los monasterios católicos cercanos á Jerusalem, donde murieron trescientos cincuenta monjes.

Si antes intervino en los conflictos de Oriente un santo tan ilustre como Daniel Estilita, esta vez otro santo, ilustre tambien por sus virtudes evangélicas y por su amor á la soledad, san Sabas, se presentó á Juan, patriarca de Jerusalem, diciéndole que había llegado la hora de tomar resoluciones supremas.

Juan obedece á esta invitacion. Sin atender á los graves peligros á que se expone, reúne á su pueblo en la gran basilica de Jerusalem, y ante una inmensa multitud de fieles, que

apénas puede contener el ámbito del espacioso templo, ante los dignatarios del imperio, ante los representantes del Emperador, sube al solio episcopal revestido de sus hábitos patriarcales, y tomando la palabra en medio de la sorpresa universal, pronuncia anatema contra Eutiques y todos los que se resistían á admitir el Concilio Calcedonense. Los católicos aplauden con entusiasmo la determinacion del Patriarca realizada con tanto vigor.

Puede comprenderse cómo había de recibir Anastasio una noticia semejante.

Pero le faltó tiempo para realizar sus venganzas.

El brazo de la justicia de Dios estaba pesando sobre Anastasio de una manera harto sensible.

Timoteo de Constantinopla, su inspirador y principal cómplice, había muerto; Juan Niceote, otro eutiquiano furibundo, le siguió muy pronto al sepulcro. Hasta bajo este respecto el Emperador empezaba á encontrarse aislado. Por otra parte, los bárbaros, aprovechándose de los disturbios del imperio, hacían en él frecuentes incursiones. Escuadrones á caballo de getas y godos habían atravesado el Danubio, aislando la Macedonia, penetrando en la Tesalia, y arrastrando en pos de sí poblaciones enteras de cautivos. Añádase á estos desastres el terremoto que tuvo lugar el 518, uno de los más terribles de que hace mencion la historia, pues que fueron convertidas en escombros veinticuatro ciudades de la Dardania. Anastasio no por esto curó de su ceguera. Por fin, en el propio año, durante una gran tempestad, se le encontró carbonizado por un rayo en una pieza de sus imperiales habitaciones. Así acabó aquel reinado de la perfidia y de la vergüenza.

Sucedióle Justino. ¿Quién era éste?

Por los años de 470, cubierto con el humilde vestido de pastor, cargado con unas alforjas y apoyándose en rústico cayado, llegaba á paso lento hasta los muros de Constantinopla un zagal de la aldea Bederiana, en la Tracia.

El continuo espectáculo de las guerras que presenció guardando los rebaños de su padre, hizo que participase de la embriaguez de las batallas, y que á la tranquila tarea de pastor prefiriese las agitaciones del campamento. El jóven llegaba á la capital de Oriente como mendigando una gloria que no hubiera encontrado jamas en su desconocida cabaña. El muchacho era católico como su padre, con la ingenuidad propia de la vida á que se dedicaba, de inspiraciones generosas, de sentimientos leales. Leon, que era entónces el emperador, le admitió en el número de sus guardias.

Habiéndose distinguido en la guerra contra los persas y los isauros, se le nombró primero tribuno de soldados, más adelante general, y últimamente Anastasio le había hecho senador.

Cincuenta años de leales servicios y de un excelente comportamiento le granjearon la confianza de las legiones, las que al morir Anastasio le sentaron en la sede imperial con el nombre de Justino el Viejo.

El domingo siguiente al día de la eleccion de Justino, que era el 15 de junio del año 518, al entrar el patriarca Juan en la iglesia mayor de Constantinopla, el pueblo prorumpía en entusiastas vítores al nuevo Emperador y su esposa, mezclados de protestas de adhesion al Catolicismo.

Miéntas unos gritaban:—¡Viva muchos años el Emperador! ¡Largos años á la Emperatriz! Otros exclamaban:—¡Viva el Patriarca! ¡No queremos estar por más tiempo excomulgados! ¡Que se eche fuera al maniqueo Severo! ¡Proclamad el Concilio de Calcedonia! Otros decían á su vez:—¡El nuevo Emperador es tambien ortodoxo! Y todos exclamaban unánimes:—¡Mil y mil años al nuevo Constantino! ¡Mil y mil años á la nueva Elena!

Era todo un pueblo que, con un entusiasmo que rayaba en delirio, estaba pidiendo se restableciera la fe de sus padres; era una nacion cansada de agitaciones que deseaba recobrar su paz religiosa.

En medio de aquella fiebre de entusiasmo, el Patriarca sube al gran ambon ó púlpito, y dice:

«Nós anunciamos que mañana celebraremos la memoria de nuestros santos Padres del Concilio Calcedonense, que formularon la profesion de la fe verdadera.»

Un aplauso universal acogió estas palabras.

Al día siguiente, conforme estaba anunciado, tuvo efecto la solemnidad de la reconciliacion. Al leerse en el ofertorio los dípticos sagrados, todos los asistentes hubieron de notar que figuraba en ellos el nombre del papa san Leon el Grande, tan odiado por la secta eutiquiana, habiendo desaparecido los de los herejes.

El 20 de junio reuníanse en Constantinopla cuarenta obispos para ratificar aquellos actos.

Al recibirse en las diferentes ciudades del imperio la orden de reconocer el Concilio Calcedonense, celebráronse en todas partes regocijos públicos; y Antioquía, Jerusalem, Alejandría, Tiro, Ptolemaida, remitieron á Constantinopla cartas muy expresivas felicitándose por cambio tan venturoso.

Á instancia de Justino, el Papa envió legados para coronar la reconciliacion con un testimonio de su autoridad apostólica. El viaje de éstos fué una ovacion continuada; los pueblos en masa, presididos por sus obispos, por los individuos de la magistratura y los jefes más importantes de la milicia, salían en procesion á recibirles.

El 28 de marzo del año 519, en la iglesia mayor de Constantinopla se leyó el acta de union en que se decía:

«Nos adherimos á todos los actos de los cuatro Concilios ecuménicos de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Anatematizamos á todos los herejes, especialmente á Nestorio, antiguamente obispo de Constantinopla, condenado en el Concilio Efesino por el bienaventurado papa san Celestino. Anatematizamos á Eutiques y á Dióscoro, obispos de Alejandría, condenados en el Concilio Calcedonense. Juntamos en la misma condenacion al parricida Timoteo Eluro y á su discípulo Pedro Monje de Alejandría. Anatematizamos igualmente á Acacio, obispo que fué de Constantinopla, su cómplice y partidario. Siguiendo en todo la autoridad de la Santa Sede, esperamos quedar inviolablemente unidos á la comunion de la cátedra de Pedro, verdadero y sólido fundamento de la Iglesia, centro de unidad, fuente de autoridad.»

Al poner el Patriarca su nombre al pié de esta acta, ya no fué posible contener la conmocion general; unos se desahogaban en llanto que expresaba lo que sentía su pecho en aquella hora solemne; otros prorumpían en vivas á Justino, otros aclamaban al papa Hormisdas.

Los legados remitieron á Roma dos ejemplares del formulario suscrito por el Patriarca, uno en griego y otro en latin, con lo que pudo darse por terminado el primer cisma de Oriente, que duró treinta y cinco años.

No es que faltase alguna resistencia. El Patriarca excomulgado de Tesalónica se negó á firmar el acta, y no dejó de correr grave peligro el legado que se la presentó para que la suscribiese.

El emperador Justino se mostró dispuesto á castigar la tenacidad del Patriarca; pero el papa Hormisdas le dió una leccion de prudencia y moderacion con las siguientes instrucciones á sus diputados cerca la corte de Constantinopla:

«Habéis de procurar que nadie se convierta á la fe católica sin conocimiento de causa, ni que nadie se queje de que el Príncipe le obliga á profesar una fe de que no está aún convencido. Pues que el obispo de Tesalónica no ha querido recibir vuestras instrucciones, pedid que el Emperador lo envíe á Roma á conferenciar con Nós, y hallará la solucion á sus dificultades. Si no quiere instruirse, en eso dará pruebas de mala fe resistiendo al orden de Dios y al mandato del Príncipe.»

## XII.

## Persecucion en la Arabia Feliz.

El Evangelio iba penetrando en las regiones de la Arabia Feliz sin que ni los apóstoles de la fe, ni los que se adherían al Cristianismo encontraran gran resistencia.

Pero en 523 los judíos pudieron colocar en el trono de los *homeritas*, así llamados por corrupcion del nombre *Hamiar*, á un correigionario suyo que se llamaba Dunaan, hombre fanático y de feroces instintos.

Inauguróse en el poder haciendo degollar á doscientos ochenta sacerdotes. Ya en este camino, procedióse á un asesinato general contra todos los etíopes calificados de cristianos.

Despues de estas atrocidades dispuso que las iglesias cristianas fuesen convertidas en sinagogas.

En el Yemen, hacia el Norte, había una ciudad toda cristiana llamada Nadira.

Uno de los primeros propósitos de Dunaan fué ir á apoderarse de aquella ciudad sin más fin que el proselitismo judáico.

Nadira se resistió bizarramente. Cada habitante supo ser un héroe: comprendían que era cuestion de salvar su fe.

Despues de un dilatado sitio, Dunaan envía parlamentarios prometiendo que si le abren las puertas de la ciudad, respetará las vidas, las haciendas y la religion de sus habitantes.

Luégo que Dunaan hubo empeñado su palabra de honor, franqueósele la entrada en la ciudad; pero apénas se encontró en ella, la entregó al más infame saqueo, y al refugiarse en la iglesia el clero con multitud de fieles, dió orden de que la pegaran fuego, siendo allí víctimas de las llamas.

Dunaan dispuso que se encendiesen grandes hogueras en fosos anchos y profundos, donde eran arrojados en tropel los creyentes.

Otra de las víctimas del sanguinario furor de Dunaan fué el rey de Nadira llamado Aréthas.

Era un venerable anciano de noventa y cinco años. Dunaan le llamó á su presencia para decirle:

—Ya ves la situacion á que te reduce tu fe en CRISTO. Renuncia á ella recordando que no estás ya en edad de correr aventuras.

—Los reyes como yo no son nunca perjuros; podrán serlo los aventureros como tú, que empeñaste con esta ciudad una palabra que no cumples. Los reyes, y ten en cuenta que en mi larga carrera he podido conocer algunos, observan sus juramentos, se atienen á la palabra empeñada, aborrecen la traicion y la perfidia. Jamas faltaré á la fe que he jurado á JESUCRISTO, mi Dios. ¿Ser yo apóstata y judío como tú? Esto nunca.

Volviéndose á los cristianos que estaban cautivos con él:

—Hermanos é hijos míos, les dice, ¿oisteis lo que he dicho á este judío?

—Sí, padre y rey nuestro, le contestan.

—¿Estáis conformes?

—Sí.

—El que sea cobarde que se retire; que no mancille con su presencia la asamblea de los santos.

Todos permanecieron firmes en sus puestos.

Dunaan dispone que se les conduzca á las riberas del mar, donde tiene dispuesto el suplicio.

Aréthas y sus súbditos son muertos tras de atroces torturas y arrojados al mar sus cáveres.

Entre los confesores de la fe había un niño de cuatro años que su madre conducía por la mano.

Dunaan se avergonzó de ensangrentarse con aquella tierna víctima.

—Dime, niño, le pregunta; ¿prefieres venir á vivir conmigo ó morir con tu madre?

—Yo tampoco falto á mi Dios JESUCRISTO, contesta el niño; quiero morir con mi madre.

No por esto se atrevió á matarle, sino que le entregó á un judío, oficial suyo, para que le cuidara hasta los quince años, en cuya edad, si no había abjurado la creencia cristiana, se le condenaría á morir.

La vida de Dunaan acabó ántes de cumplirse este plazo.

El 524, Elisbaam, rey de Etiopía, instigado por el emperador Justino, atacó á Dunaan, deshizo su ejército en sangrienta batalla, le mató á él y á todos sus parientes, volvió á abrir los templos católicos y restituyó á los *homeritas* en el ejercicio de su religion.

### XIII.

#### Persecucion de Teodorico en Roma.

Teodorico, rey de los ostrogodos, aunque ariano, venía mostrándose tolerante, benigno y hasta generoso con los católicos.

Pero á medida que iba entrando en años iba volviéndose caviloso, frenético, intratable, y al llegar á viejo dió ocasion para recordar que no había muerto en él el elemento bárbaro.

El celo que Justino el Viejo venía manifestando en Oriente en favor de la propaganda católica exaltó en Teodorico su espíritu de secta.

Justino ordenó que los arianos quedasen inhabilitados para los empleos públicos; Teodorico reclamó contra esta disposicion, y dijo que si se llevaba á cabo, él se creería autorizado para usar de represalias contra los católicos.

Intervino para aplacarle el papa Juan I.

—Iréis á Constantinopla, dice el Emperador al Papa, y exigiréis del emperador Justino que permita volver al arianismo á los convertidos.

—Estoy á vuestra disposicion, le responde el Papa; podéis hacer de mí lo que mejor os plazca; pero me es imposible realizar una mision semejante, porque tendría en mí el carácter de una apostasía.

Teodorico, apoyado en el poder que ejercía y amenazando á los católicos con sangrienta persecucion, pudo obtener de Juan I que pasara á Constantinopla.

Al llegar á Corinto el Pontífice de Roma fué recibido como en triunfo. Pero donde el recibimiento tuvo lugar con toda la magnificencia oriental fué en Constantinopla.

El Emperador se apresuró á arrodillarse á los piés del sucesor de san Pedro, celebróse el día 30 de marzo del 525 en la gran basilica constantinopolitana la misa en lengua latina y conforme á la liturgia romana, Justino fué coronado por el Sumo Pontífice, siendo aquella la primera vez que tuvo lugar una ceremonia semejante, y á su vez el Papa fué investido por el Emperador con las vestiduras *augustales* (*vesti augustali*), cuyo uso se concedió tambien á sus sucesores.

Tres eran las concesiones que Teodorico trataba de arrancar á Justino: 1.<sup>a</sup> Que los arianos obligados anteriormente por el Emperador á abrazar la religion católica tuvieran facultad de volver á la secta ariana; 2.<sup>a</sup> que se restituyesen á los arianos las iglesias de que se les hubiese privado; 3.<sup>a</sup> que nadie en lo sucesivo obedeciera la orden de abjurar el arianismo.

Respecto á la primera condicion, Juan I no la sostuvo en manera alguna. En cuanto á las

otras dos, difícil era la situación del Pontífice; pero se trataba de amparar, no sólo á los católicos de Roma, sino á los de toda la Italia.

Sin duda en más de una ocasión los agentes de Justino se habían excedido exigiendo á los arianos más de lo que podía reclamar el buen celo por la verdad católica. Juan I no trató de que se hiciera la menor concesión al error. Semejante debilidad nunca la tuviera un Pontífice. Pero manifestó que era menester dejar á los arianos cierta libertad en el arrepentimiento; que no se hiciera coacción á la conciencia individual acudiendo á medios de fuerza que podrían producir funestos resultados. Justino atendió á las observaciones de Juan I, y dejó desde aquel día de autorizar que se hostigara á los arianos de la manera como hasta entonces se venía haciendo.

Teodorico, sin aguardar la vuelta del Papa, empezó á ejercer vejaciones contra los católicos.

Ensañóse especialmente contra Boecio, filósofo profundo, matemático famoso é ilustre, hombre de Estado, el cual vivía en la corte y mereció ser elevado por el mismo Teodorico á las primeras dignidades.

Boecio era un católico tan íntegro como fervoroso. Los papas san Simaco, san Hormisdas y san Juan I le honraron con su amistad.

Hallábase Boecio consagrado á sus tareas científico-religiosas, dejando establecida en admirables escritos la armonía entre la Religión y la Fe y aplicando la escolástica al estudio de la Teología, abriendo para la ciencia cristiana caminos hasta entonces desconocidos, cuando las cavilosas de Teodorico, que veía enemigos por todas partes, hicieron que recayera sobre él la nota de sospechoso al Imperio.

Con el pretexto de que mantenía inteligencias con la corte de Justino, Boecio fué encarcelado.

En la cárcel dió Boecio muestras admirables de la superioridad de su alma, escribiendo allí la *Consolacion de la Filosofia*, en que aquel hombre, mientras su cuerpo se halla sometido á la lóbreguez de un calabozo, su alma se dilata en las regiones de lo divino y se extasia de admiración al meditar sobre la grandeza de los designios providenciales, manifestando en sublimes páginas que la prosperidad del malo más bien que digna de envidia lo es sólo de compasión, y que en cambio la virtud perseguida tiene derecho al respeto de todo corazón generoso.

Hallábase Boecio ocupado en resolver con profundidad de criterio los difíciles problemas de la *presciencia* de Dios y la libertad del hombre, cuando el ciego Teodorico inventaba tormentos con que multiplicar los horrores de la muerte al decidido católico y sabio pensador.

Boecio es sacado de la fortaleza de Colvenciano para conducírsele á la tortura.

Se le apretó el cráneo con cuerdas, pero de una manera tan bárbara que llegaron á saltarle los ojos. Se le decía que se le libraría del tormento tan pronto como declarase que conspiraba en favor de la corte de Constantinopla. Boecio insistió en negar un delito que nunca pensó cometer. Se le extendió primero en un potro, después en una viga, donde dos verdugos le apaleaban ferozmente de piés á cabeza. Al fin le cortaron la cabeza el 23 de octubre del año 525. Su suegro Simaco, relacionado también con los papas, y ferviente católico como Boecio, tuvo igual suerte en 526.

Juan I hubo de saber con hondo pesar al volver de su expedición que se habían realizado aquellas dos feroces ejecuciones. Llegado el Papa á Rávena, se le acusó de no haber dejado resueltas las cuestiones á gusto de Teodorico; y el que había encontrado ovaciones en Oriente, encontró en el Occidente una oscura y repugnante cárcel. Siguiendo á la fatiga del viaje los rudos tratamientos del calabozo, Juan I murió el 27 de mayo del año 526.

Terribles remordimientos atormentaron el último período de la vida de Teodorico. Parecía ver en todas partes la sangre de inocentes víctimas que había hecho sacrificar. Al servirle un día en la mesa un gran pescado, figurósele ver en el plato la cabeza de Simaco que movía sus labios, que los contraía y echaba sobre él miradas de furor. Impulsado por la

fiebre, Teodorico se levanta, temblando de horror, y huye de allí en el paroxismo de un delirio espantoso. El propio año que falleció Juan I, cuando no habían transcurrido más que tres meses, el Emperador moría llorando las vergonzosas páginas de los últimos años de su existencia.

#### XIV.

##### Atentados contra los católicos en la Palestina.

Mientras el Catolicismo disfrutaba de la protección de los emperadores, no faltaban sectarios, y á veces pueblos, que se rebelasen contra el jefe del poder político por amparar éste los intereses religiosos.

En la época de Justiniano los habitantes de Samaria no recibieron bien que el Emperador se empeñase en realizar la obra de la unidad católica, que había de ser en Oriente tan fecunda en resultados. Amotináronse, pues, y en número de cuarenta mil se echaron sobre la antigua Samaria, hoy Neópolis, en donde se cebaron con inaudita crueldad contra los católicos, asesinando al obispo y descuartizando después de asesinados á los sacerdotes.

Los rebeldes fueron vencidos por las tropas del Emperador, quien se propuso castigar la larga serie de atentados cometidos contra los católicos.

Iba á caer la venganza imperial sobre las poblaciones que habían alentado la rebeldía, cuando éstas piden á san Sabas que deje su retiro y se presente á la corte para implorar misericordia.

Al encaminarse á la capital aquel venerable anciano de noventa y tres años, el Emperador envía á su encuentro una de sus galeras, en la que iba el patriarca Epifanio, para que le conduzca á su palacio.

Era imposible hablar con aquel hombre y no acceder á lo que él pedía.

Al hallarse en su presencia, el Emperador se sintió desarmado; los sentimientos de venganza se cambiaron en sentimientos de perdon.

—Pedidme, más, Padre, dijo el Emperador al Santo. Habéis fundado muchos monasterios en la Palestina; pedidme rentas con qué sostenerlos.

—Os agradecen vuestra generosidad, responde el Santo; pero no lo necesitan; sus bienes en esta vida y en la otra son el Dios que alimentaba á Israel en el desierto y hacía llover el maná todas las mañanas.

El santo Abad se volvió para descender al sepulcro en su querida soledad, rodeado de sus discípulos, el día 5 de diciembre del año 531

#### XV.

##### Un papa víctima de una emperatriz.

Si bien es verdad que con la muerte de Anastasio puede darse por extinguido el primer cisma oriental, no por esto se extinguieron completamente ciertos odios personales ni determinados intereses de amor propio.

A los que protegieron tan denodadamente el cisma les era difícil resignarse á la situación de vencidos. Distaron mucho de poder contar con el amparo de emperadores como Justino el Viejo; pero en época de Justiniano tuvieron medios de hacerse suya á la emperatriz Teodora.

Justiniano, después de la conquista de África, tan gloriosamente concluída por Belisario, determinó enviar á este general á Italia, con el objeto de reemplazar con la dominación de

los griegos la de los ostrogodos. Al ir Belisario á Italia traía instrucciones secretas de la emperatriz Teodora para que trabajase en favor de la eleccion de un pontífice que transigiese con los eutiquianos, colocándolos en puestos distinguidos.

El diácono de Roma Vigilio, á quien Bonifacio II intentó nombrar su sucesor, figuraba como agregado desde mucho tiempo á la legacion pontificia de Constantinopla. La Emperatriz creyó que Vigilio era el más á propósito para constituirse en instrumento de sus planes, especialmente en restablecer á Antimo, patriarca de Constantinopla, depuesto por el papa san Agapito.

Belisario llegó tarde. Habíase ratificado ya la eleccion del papa san Silverio, y no era posible hacer que se volviera atras. Esta contrariedad le puso de tan mal humor, que el que había sido hasta entónces general clemente, se manifestó duro y hasta feroz. No dejó de tener gran parte en las sangrientas medidas que adoptó Belisario la influencia de una cortesana de Teodora, con la que cometió la torpeza de unirse en matrimonio. En Nápoles, sobre todo, dejó triste recuerdo de su ferocidad; centenares de sacerdotes sacrificados al pié del altar, hombres, mujeres y niños pasados á degüello, la poblacion arruinada y desierta; tales fueron las huéllas que marcaron su paso.

Al penetrar en Roma, la perfidia de su mujer Antonina, excitada por las instigaciones de la emperatriz Teodora, suscitó en él el torpe proyecto de atentar contra la persona del Sumo Pontífice, única manera de allanar el camino para que se realizasen los propósitos de la Emperatriz, quien no tenía inconveniente en que se pasara por un crimen tan alevoso. Por fortuna el sentimiento de su conciencia pudo más en Belisario que la excitacion de Teodora y de Antonina, conspirando juntas contra el Sumo Pontífice.

Ensayó Teodora obtener buenamente lo que se había propuesto realizar de cualquier manera. Escribió, pues, á san Silverio que repusiese á Antimo en su sede. Al ruego iba unida la amenaza; pero Silverio contestó con la fuerza propia del sucesor de san Pedro.

—Sería esto una prevaricacion, y no la cometeré jamas. Preveo que mi resistencia ha de costarme la vida; suceda lo que suceda, yo nunca faltaré á mi deber admitiendo á la comunión á un hereje justamente condenado por mi antecesor.

No tardó mucho Belisario en recibir la órden de arrestar á san Silverio. Belisario, que conservaba algo todavía de los instintos propios de un grande hombre, sintió alguna repugnancia en servir de instrumento á aquellos manejos dirigidos por la perfidia de una mujer.

—Haré lo que se me manda, dijo; pero los que desean la muerte de Silverio darán cuenta de este desacato y de este crimen ante el tribunal de CRISTO.

No se resolvió desde luégo Belisario á prenderle; sino que le instó á que cediese á lo que de él deseaba la Emperatriz. El Papa se manifestó inflexible.

Preveía perfectamente san Silverio lo que iba á suceder despues de esta conversacion. La lucha estaba entablada entre el deber y la fuerza; ésta había de alcanzar su objeto, costase lo que costase.

San Silverio se ampara en la iglesia de santa María.

Belisario le llama nuevamente á su palacio, donde se le pone preso.

Allí hubo una parodia de proceso, en que falsos testigos deponen contra el Papa, acusándole de querer entregar la ciudad á Vitiges, rey de los godos.

Despues de esta acusacion el Papa es despojado de las insignias pontificales, se le arrancan sus vestiduras; en el mismo aposento de Belisario se le viste el hábito de monje, se hace correr la voz de que Silverio ha sido depuesto jurídicamente y se le envía á un buque para que se le conduzca desterrado á Pátaro, en la Liria (537).

El Obispo de Liria ve llegar á su modesta poblacion el Vicario de CRISTO, despojado de sus honores, tratado como un delincuente. Aquel obispo se conmueve, corre á Constantinopla, y con palabras que expresaban la justa indignacion de que sentía rebosar su pecho reprende á Justiniano porque autoriza tanta indignidad.



Justiniano ignora ó finge ignorar lo que está sucediendo; y da orden para que Silverio sea restituido inmediatamente á Roma.

El Papa llegaba á la capital cabalmente en el momento más á propósito para estorbar los planes de la Emperatriz, secundados por Belisario. Al entrar en Roma, los agentes de Teodora, seguros de poder contar, no solo con la impunidad, sino hasta con el más decidido apoyo de la que tanto influía en la corte, se apoderan de la persona de san Silverio, el cual es confinado, muriendo de hambre y de miseria el 20 de julio del año 538.

## XVI.

### Nuevas contiendas religiosas promovidas por Justiniano.

Tambien en Justiniano dominaba la ambicion de querer ser Pontífice á la vez que Emperador. Preciándose de teólogo no se limitaba á emitir su opinion acerca los asuntos teológicos; sino que, arrogándose derechos que nunca tuvo, trataba de imponer sus opiniones, y llegaba á atribuirse un magisterio que en la Iglesia cristiana sólo corresponde á los que ejercen la autoridad religiosa.

Mezclóse en la contienda sobre los errores de Orígenes. A haber emitido su parecer como hombre de ciencia, se hubiera discutido, admitido ó rechazado sus doctrinas. Al querer que pesara su autoridad de emperador en la balanza de sus opiniones, no logró otra cosa sino que cobrara mayor acritud la disputa y que los dos bandos contendientes acabasen por condenar la conducta del Emperador rechazando su competencia.

No por esto desistió Justiniano en sus inconvenientes intrusiones. En 546 publicó un edicto para que los obispos condenaran las doctrinas que tenían relacion con el error eutiquiano.

Más tarde dirigió á todo el universo católico otro edicto que intituló *Profesion de fe imperial* y que terminaba de esta suerte: «¡Anatema á quien defienda á Teodoro de Mopsuesta! ¡Anatema á quien defienda los escritos de Teodoreto de Ciro! ¡Anatema á quien defienda la carta del obispo de Ibas!

El patriarca de Constantinopla Menas tuvo la debilidad de firmar aquel edicto con pretensiones de encíclica; pero el diácono de la iglesia romana le reprendió severamente por su debilidad y hasta llegó á separarle de su comunión.

La cuestión iba tomando serias proporciones.

Ya volvían á introducirse nombres de herejes en los dípticos sagrados, ya Teodora quería obligar al Papa á reponer en su sede á un hereje. Si pudo creerse en un principio que Vigilio sería un Papa débil y se allanaria fácilmente á las pretensiones del poder imperial, muy pronto se persuadieron los que tal esperaban que el Papa, para no faltar á sus deberes de tal, cuenta con un auxilio superior.

A las instancias de la Emperatriz Vigilio contestó:

—No consentimos en lo que nos exigís. No repondremos á un hereje anatematizado.

Se le obligó á trasladarse á Constantinopla.

Difícil fué allí su mision; pero Vigilio, resistiendo á corrientes encontradas, supo mantener su papel de Pontífice.

Los hechos escandalosos que tenían lugar á la vista misma del Papa por parte de los afectos al viejo eutiquianismo, hicieron que Vigilio llegase á declarar que en adelante no comunicaría con los orientales, y se negó á admitirlos en su presencia.

Esta firmeza apostólica no hubo de ser del gusto del Emperador, quien se irritó ciegamente contra Vigilio, viéndose éste obligado á buscar un asilo en la iglesia de San Pedro. Justiniano trata de arrancarle de allí á la fuerza. A este efecto envía un pretor con soldados que

cerquen la basílica. El pretor no se limita á circuir el lugar sagrado con su gente, sino que ordena que sin consideraciones á lo augusto del sitio, penetren allí espada en mano. El Papa se refugia debajo del altar, abrazando las columnas que lo sostienen, rodeándole multitud de clérigos. Estos, asidos de los cabellos, son arrastrados por la iglesia. El Papa mismo tiene que sufrir que unos soldados le cojan ferozmente por la barba arrojándole al suelo. Cuando se apoderan de su persona, Vigilio dice:

—Si podéis prenderme á mí, no está en vuestro poder el hacer cautivo á san Pedro.

Ante el carácter brutal de aquel espectáculo el pueblo se irrita. El pretor, temiendo un motin, toma el partido de retirar á su gente.

Apoyando la idea el Emperador, Vigilio resolvió convocar un Concilio general, que se abrió en Constantinopla el 4 de mayo del año 553.

Vigilio, desde la apertura del Concilio, protestó contra el proceder del Emperador, que no dejaba tiempo para que llegasen los obispos latinos. Esta protesta irritó á Justiniano, quien envió al Papa á destierro.

Vigilio, á pesar de esta medida, no perdió la calma. Se manifestó prudente y enérgico á la vez; cumplió con sus obligaciones de Pontífice, y más adelante ratificó con su decision pontifical el fallo pronunciado por el Concilio.

Tras de las discusiones promovidas por la cuestion de los *Tres Capítulos* vinieron los disturbios causados por los *Fantasiastas* ó *Incorruptibles*.

Era esta secta un retoño del eutiquianismo. Pretendían que el cuerpo de CRISTO, desde que fué formado en el seno de su Madre, dejaba de ser susceptible á clase alguna de cambio ó alteracion, no estaba sujeto al hambre ó á la sed, que así ántes de su muerte como despues de su resurreccion, si comía era sin necesidad, y que no podia experimentar dolor alguno, de lo que se infería que en realidad JESUCRISTO no habia padecido por nosotros.

Esta secta, que empezó á propagarse en 535, encontró un apoyo en Justiniano.

Hemos hablado ya de su pasion por los estudios teológicos. El historiador Procopio, al hacernos su biografía, nos dice que el Emperador era hombre que prolongaba sus veladas hasta media noche, discutiendo con obispos sobre teología ó devorando las obras de los Santos Padres. Tuvo la pretension de ser una notabilidad en ciencia teológica; y como lo que más halagaba esta presuncion suya era el dejar el camino trillado por las enseñanzas de la Iglesia á fin de seguir doctrinas originales, apasionóse por el error de los *Incorruptibles*, acabó por hacer obligatorio el que se siguiese esta secta, y exigió de los obispos que se adhiriesen á ella. Éstos se negaron resueltamente. Algunos, como el patriarca de Constantinopla san Eutiquio, condenaron enérgicamente la conducta del Emperador bajo este respecto, á consecuencia de lo cual, Eutiquio fué desterrado y depuesto, sustituyéndole Juan Escolástico, y esto sin procedimiento alguno legal que justificara el acto, al ménos en apariencia.

Todo hacía creer que iban á renovarse los antiguos disturbios; pero la muerte sorprendió á Justiniano el 14 de noviembre del año 566.

Justino el Joven hizo cesar la persecucion y mandó reponer á Eutiquio en su sede.

## XVII.

### Persecucion de Leovigildo en España.

España iba desde muchos años siguiendo en paz la obra de su desenvolvimiento religioso y social.

Inauguróse felizmente el reinado de Leovigildo, monarca á quien no puede negarse tacto político, valor y talento; si bien estas cualidades personales se resentían á veces del carácter

# HISTORIA DE ESPAÑA, LEZTERRAIA

En este libro se trata de la historia de España y de la historia de la Península Ibérica. El autor trata de dar una idea general de la historia de España, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la historia de España.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Este libro trata de la historia general de Francia, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la historia de Francia, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la historia de Francia.

## LA VENTA POR ESPAÑA

Este libro trata de la venta por España, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la venta por España, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la venta por España.

## EL REFORMISMO

### LA VENTA DE LA COMERCIA

Este libro trata de la reforma y del reformismo, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la reforma y del reformismo, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la reforma y del reformismo.

## EL REFORMISMO EN LOS REINOS CRISTIANOS

Este libro trata de la reforma y del reformismo en los reinos cristianos, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la reforma y del reformismo en los reinos cristianos, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la reforma y del reformismo en los reinos cristianos.

## GALERIA CATALANA

Este libro trata de la galería catalana, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la galería catalana, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la galería catalana.

Este libro trata de la galería catalana, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de la galería catalana, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de la galería catalana.

## LOS REFORMISTAS

Este libro trata de los reformistas, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El autor trata de dar una idea general de los reformistas, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente. El libro está dividido en varias partes, que corresponden a diferentes épocas de los reformistas.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERÍA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa remante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.